

"Gott ist deß Lebens Buch / ich steh in ihm geschrieben  
Mit seines Lammes Blutt: wie solt er mich nicht lieben?"

Angelus Silesius  
*Cherubinischer Wandersmann* (II, 20)

"De peligro e mengua  
si quieres seer quito,  
guardate de tu lengua  
e más de tu escribto."

Don Sem Tob  
*Glosas de Sabiduría*  
(vv. 1773-1776)

"So all my best is dressing old words new  
spending again what is already spent."

W. Shakespeare  
*The Sonnets*, LXXVI

"Petti, nihil me sicut antea iuvat  
scribere versiculos amore percussum gravi."

Horacio, *Epodos*, XI

"Les «vérités», nous ne voulons plus en supporter le poids, ni en être  
dupes ou complices. Je rêve d'un monde où l'on mourrait pour une virgule."

E. M. Cioran  
*Syllogismes de l'amertume*

"ὁ δὲ ἀνελεύθερος τοιοῦτός- τις οἶος νικήσας τραγωδοῖς  
ταινίαν ξυλίνην ἀναθεῖναι τῷ Διονύσῳ, ἐπιγράψας μόνον  
αὐτοῦ τὸ ὄνομα"

ΘΕΟΦΡΑΣΤΟΥ ΧΑΡΑΚΤΗΡΕΣ, XXII

"Heuscaldunac mundu orotanpreciatu ciraden  
Bana hayen lengoagiaz berce oro burlatzen  
Ceren eceyn scripturan erideiten ezpaitzen  
Oray dute iccassiren nola gauça hona cen."

Bernard Etchepare  
*Linguae Vasconum Primitiae*

# ΒΛΙΤΥΡΙ

Nº 1 Mayo 1993.

500 ptas.

# LA ESCRITURA

Y es que la red, la malla evocada (*das Netz*, en alemán), es la metáfora que servía a aquél para defender que los diferentes sistemas de descripción del mundo son resultado de las correspondencias respecto de los diferentes (y arbitrarios) *procedimientos* utilizados en su descripción (cfr. *Tract. log.-phil.*, 6.341). De tal forma que lo que se encuentra bajo -o sobre- la red es lo que **no** ha de servir para tal propósito, *id est*, aquello que no va a describir el mundo.

Que Iris Murdoch se sitúe explícitamente *bajo la red* en su labor literaria -compartiendo con la filosofía ese territorio (cfr. *Tract. log.-phil.*, 4.111)- significa que está admitiendo de hecho la justicia del aserto wittgensteiniano; significa que está admitiendo que su novela no tiene por misión trenzar una malla con la cual atrapar (=describir) el mundo. Es decir, está reconociendo que lo perseguido por su escritura no se corresponde con una descripción; en otras palabras, está confesándonos que su escritura no está *en la red*.

Uno de los aciertos, quizá el más importante, de *Bajo la red* es que el modo en que se narra la especial *ubicación* de la novela es también el modo en que el protagonista, el escritor Jake Donaghue, la sufre. Pues encontrarse *bajo la red* no es sólo una opción epistemológica, sino que implica una relación con el mundo en la cual se revela la incompatibilidad entre **vivir** y **saber**. No es extraño, de esta manera, que el libro de Jake Donaghue, basado en las conversaciones mantenidas por éste con Hugo Belfounder (el trasunto de Ludwig Wittgenstein que elabora Murdoch), tenga por título *El silenciador*: "—Creo que tal vez no se debería hablar — continuó Hugo, y lo decía absolutamente en serio. Luego nos miramos y nos echamos a reír con ganas, pensando que no habíamos hecho otra cosa durante días.

—¡Es colosal! —dijo Hugo—. Por supuesto que uno habla. Sin embargo —y de nuevo se puso serio—, se hacen demasiadas concesiones a la necesidad de comunicarse" (p. 88).

Una determinada relación con el mundo en la cual el silencio se convierte en la última forma del rigor (cfr. *Tract. log.-phil.*, 7).

Paradójicamente, Murdoch hace en su novela que el silencio (entre Jake y Hugo) se manifieste a partir del momento en que Donaghue comienza a escribir las conversaciones entre ambos,

incapaz de soportar el sentimiento de traición que ello le provoca: "A medida que el libro crecía y tomaba cuerpo, parecía drenar una parte de la sangre de mi otra intimidad. Comenzó a constituirse en su rival. Lo que había parecido al principio una inocente *suppressio* comenzó pronto a convertirse en una *suggestio falsi* de lo más venenosa" (p. 94).

Paradójicamente, decimos, porque entre lo oral y lo escrito se abre una zanja de tal magnitud que Hugo no reconocerá como propio lo que Jake consideraba expropiado: "—¿Quieres decir **El silenciador**? — pregunté.

—Sí, esa cosa —dijo Hugo—. Por supuesto había partes que encontré muy difíciles. ¿De dónde sacaste todas esas ideas?

—De ti, Hugo —dije débilmente" (p. 285).

Que, para narrar la particular dialéctica entre escribir y hablar, Iris Murdoch haya utilizado el utillaje conceptual empleado por Wittgenstein ha de ser atribuido a la seriedad con que se toma su oficio de escribir; sabedora de que Platón (al cual ha dedicado un bello ensayo) excluía a los poetas de la Ciudad debido a la renuncia que éstos cometían respecto de la persecución eidética.

Una noticia más relativa a la presencia constante del *Tractatus logico-philosophicus* en la obra que venimos comentando. Es sabido que éste se abre con unas líneas de Kürnberger: "...und alles, was man weiss, nicht bloss rauschen und brausen gehört hat, lässt sich drei Worten sagen". Estas **tres palabras** que Kürnberger postulaba y Wittgenstein perseguía bien pudieran ser las elegidas por Iris Murdoch: *Bajo la red*.

José Patiño

*Cartas de Abelardo y Eloísa*. Introducción, traducción y notas de Pedro R. Santidrián y Manuela Astruga, Alianza Editorial, LB. Madrid, 1993. 324 pp.

Esta nueva edición que de las célebres *Cartas de Abelardo y Eloísa* Alianza Editorial ahora presenta es buena muestra del modo

último en que se expresa lo que se vislumbra ha sido una pasión encarnada. Pues las siete cartas cruzadas entre los dos amantes, de los trece textos que componen el volumen, constituyen el único documento a partir del cual podemos reconstruir lo que fuera su relación en otro tiempo. Es precisamente en las cartas de Eloísa donde la nostalgia de ese amor está presente, frente al silencio esquivo que desprenden las de Abelardo. Así, estas epístolas nos revelan, por una parte, el testimonio de ese pasado común a ambos, reflejado de manera muy distinta en cada caso; y, por otra, constituyen la prueba de aquello en lo que ha devenido tal amor.

El texto que inicia este volumen, la conocida *Historia Calamitatum* de Abelardo, adopta la forma epistolar. El filósofo, al narrar su vida, alude en algunos momentos del relato a su relación con su antigua discípula, señalando la importancia que la palabra escrita tuvo en la historia de su amor. Confiesa el papel privilegiado que para él desempeñaron las cartas dirigidas a Eloísa. Cartas que, por un lado, mitigan la ausencia de la amada permitiendo, al mismo tiempo, expresar en lo escrito aquello que en el habla se muestra más difícil, e, incluso a veces, imposible de expresar. Abelardo subraya la libertad que lo escrito le permite frente a lo oral: lo escrito lima las asperezas de lo hablado, posibilitándole el estar en "un diálogo dulcísimo"(p. 49).

Tras este primer texto encontramos el grupo de las cuatro primeras cartas intercambiadas entre Abelardo y Eloísa -que acertadamente el editor reúne bajo el epígrafe de "Cartas personales", frente a las restantes, que forman las "Cartas de dirección espiritual". Estas cuatro cartas son propiamente las que permiten saber algo acerca de la vida de los amantes. Es Eloísa quien comienza esta correspondencia dirigiendo una primera carta a Abelardo, buscando con ello romper un largo silencio y reanudar una relación hace años interrumpida. Desde la insoportable soledad del Paracleto, Eloísa evoca en su nostalgia los años en los que la presencia de su "único amor" no le era arrebatada. Tras una introducción que se presume retórica, en la que insta a éste a escribir al Paracleto, a la congregación de monjas que ella dirige, pasa a lo que se intuye ser el motivo principal de la misiva: exigir a Abelardo que **escriba**, que le escriba. Las palabras de Eloísa nos

recuerdan las de aquél en su *Historia Calamitatum*: "ya que me niegas tu presencia, dame, al menos, la dulzura de tu imagen, siquiera a través de tus palabras, tan abundantes, por otra parte, en tí"(p. 108). Eloísa reclama, al menos, ese modo de presencia disminuido, el de sus palabras escritas; pues lo que anhela realmente es aquello ya perdido de forma irremediable; aquello que, por otra parte, no nos es accesible a nosotros: lo inefable e imposible de escribir de su amor.

Hábilmente, Eloísa, para dar eficacia a sus razones, utiliza como arma dialéctica -en la lucha que es esta relación epistolar- el recuerdo de lo que, en otro tiempo, ese otro tiempo que ella tanto añora, los había unido. No ya el amor, sino lo que en el nacimiento de ese amor estuvo presente acompañándolo y, de alguna manera, permitiendo su advenimiento: el recuerdo de su relación intelectual. Recurre, para ilustrar su postura, a argumentos de otros; argumentos de autores que ella sabe son respetados por su antiguo maestro. Así, cita a Séneca en sus *Cartas a Lucilio* para exigir a Abelardo ese su escribir -su único consuelo- que ella necesita.

La respuesta de Abelardo a esta primera carta de Eloísa es muestra de las fronteras dentro de las que se inserta esta relación epistolar. Ajeno a cualquier referencia al pasado común -en los términos en los que Eloísa pretende establecerlo-, Abelardo sólo permitirá que la correspondencia continúe si ésta se limita a tratar materias relativas a Dios; es decir, si sólo Eloísa escribe acerca de lo que es y ha sido su vida después de que la posibilidad del amor fuera aniquilada.

Otra vez, Eloísa intentará marcar nuevos límites en esta correspondencia insistiendo en el recuerdo de su pasado. Abelardo, por su parte, cierra tal posibilidad, prohibiendo la queja insufrible de la que, en otro tiempo, fuera su amada.

Eloísa ha perdido el juego: no ha logrado sacar de Abelardo esas palabras tan requeridas. Su renuncia se hace expresa en la primera de esas "Cartas de dirección espiritual", cartas que, junto a las cruzadas entre Pedro el Venerable y Eloísa, así como entre éste y el Papa Inocencio II y la "Confesión de fe de Abelardo", añade esta nueva edición en castellano con respecto a anteriores ediciones.

Acepta Eloísa los límites impuestos por Abelardo a su escribir, "a las palabras nacidas de un dolor sin límites"(p. 159), y detiene los

impulsos de su pluma no abusando así de la libertad que la soledad de la escritura le permitía frente a la coerción propia que presenta la oralidad. Mas sabe que parar su corazón va a ser tarea más dolorosa. Estas palabras escritas por Eloísa son las últimas palabras que, en las que latiendo aún algo del recuerdo de su pasión, se permitirá dirigir a Abelardo: *"Por lo mismo, mi mano no escribirá palabras que la lengua no puede refrenar. Ojalá que el corazón doliente estuviera tan pronto a obedecer como la mano derecha del que escribe"*(p. 160).

María de Toledo

**Esta revista se acabó de imprimir  
el 27 de mayo de 1993,  
día en el que se celebró  
la despedida de Zorroaga.**